

La Investigación Científica, vida de la Universidad

Planteamiento

Que el mundo es un todo ordenado lo advirtieron ya los griegos seis siglos antes de Cristo, de tal modo que, a pesar de su riqueza de léxico, designaron los conceptos de mundo y orden con la misma palabra: Cosmos. Sin embargo, lo complejo de las realidades del mundo y el camino lento y titubeante de la razón humana hacen que el mundo nos aparezca como algo deshilachado, disperso, desordenado, caótico. Lo vemos como contrario del Cosmos, como el caos, que sabemos que existe, aunque sea imposible entenderlo en sí mismo, salvo por sus consecuencias.

La investigación científica, considerada universalmente en el tiempo y en el espacio, tiene como misión reordenar el mundo o, más propiamente, encontrar su orden originario, inquiriendo la explicación de los fenómenos a partir de unos vestigios (*in-vestigium*) realmente fragmentarios y aparentemente desordenados que es lo que, con nuestras limitaciones, nos es dado a conocer. Millán Puelles dirá que “la ciencia humana es compleja no por ser ciencia, sino por ser humana, es decir, porque el hombre no tiene capacidad suficiente para captar de inmediato, en una sola y única intuición, todos los nexos causales y explicativos”. Lo cósmico nos aparece caótico antes de culminar las indagaciones y obtener los descubrimientos por los científicos.

La ciencia adquirida por la investigación científica es acumulativa. La experiencia y la ciencia del hombre están formadas por la que halla por sí mismo y la que han hallado los demás hombres que están en relación cognoscitiva con el sujeto. Todo lo que alguien ha indagado epistemológicamente para explicar el mundo y obtener alguna ventaja inmediata o remota por esta explicación va, por una parte, incrustándose en el cosmos, y, por otra, ofreciendo peldaños cada vez más elevados a los nuevos investigadores, que pueden partir de estas bases anteriormente

José María Desantes-Guanter
Doctor en Derecho de la Información y
en Ciencias de la Información. Catedrático emérito
de Derecho de la Información de la Universidad
Complutense de Madrid (España), autor entre otros,
del libro «La Información como Deber».

sentadas y recogidas en mensajes incorporados a soportes. Es decir, en documentos. El conjunto de los documentos, la ciencia y la técnica de su aprovechamiento, es lo que llamamos Documentación. Hemos de pensar que los documentos son indispensables para la investigación científica, como ésta lo es para desentrañar el cosmos y borrar la impresión superficial de caos.

Teóricamente, la investigación puede llevarla a cabo una persona aislada, aunque esto que siempre ha supuesto renunciar a las ayudas espontáneas u organizadas que se obtiene por la investigación institucionalizada, es casi impensable en el momento actual, a no tratarse de rarísimas intuiciones que, en todo caso, hay que demostrar ante el mundo científico. Lo más corriente y lógico es que la investigación se realice en centros o instituciones, cada vez más especializados y mejor equipados. Como “en el pensamiento científico está la cumbre de la mente humana”, según Levy-Strauss, y “pensar es ir hasta lo más alto de sí mismo”, según Guitton, los núcleos de investigación están vinculados a la institución más caracterizada para albergar los niveles superiores del pensamiento, que es la universidad. Como mínimo, los que trabajan en un centro de investigación extrauniversitario son o han sido universitarios. La adscripción de la investigación a la universidad no es meramente casual: está determinada históricamente por su origen; y teleológicamente por el fin de nuestra institución, fin que permanece en sí misma, independientemente de que los resultados de su actividad redunden a favor de toda la comunidad.

El origen académico de la Universidad

La universidad nace como la depositaria de la cultura occidental y, a través de ella, de la cultura mundial. Ambas, desde sus balbucesos, habían asumido lo que llamamos investigación científica por elemental que hoy nos parezca. Grecia recoge lo aprovechable de las culturas orientales, las racionaliza, las enriquece y las transmite al mundo civilizado. Por eso y por la gran aportación original del pensamiento griego a la cultura, que hemos heredado, se dice que todos somos, de alguna manera, griegos. El mismo año, 529, en que termina la enseñanza en el jardín ateniense de Academos, funda San Benito el Monasterio de Montecassino, el más importante de una serie numerosa de cenobios. Durante la Alta Edad Media, la estructura de la sociedad feudal y el peligro de las guerras, en las que se sitian y destruyen las ciudades

que resultan objetivos fáciles, hacen que el arsenal de la cultura se instale en el campo, lejos de los núcleos armados. En el silencio de los monasterios, estatutariamente rurales como los 164 fundados por San Bernardo hasta su muerte, en 1153, se conservan y transcriben los conocimientos clásicos que llegan hasta la modernidad.

En la Baja Edad Media, cuando el poder social regresa a las ciudades, a los burgos, la cultura se desplazará de los monasterios a las catedrales, donde en el cabildo se instaura una canonjía magistral que va estableciendo estudios particulares dirigidos a los tonsurados que, poco a poco, se van convirtiendo en estudios generales que, dada la inexistencia de otros, se abren a todos, tanto por la ampliación de las materias impartidas cuanto por los sujetos interesados en ellas, en el nivel discente y en el docente: hay que contratar profesores seculares para atender la demanda creciente de plazas de alumnos. Quedan como testimonio de este fenómeno las aulas magnas que se establecieron dentro o adosadas a las Seos.

La constante ampliación del objeto del estudio y la aparición de fraternías o asociaciones de estudiantes y profesores para defender sus intereses, generan fricciones de ambos estamentos con los cabildos, provocando que se independicen los centros de estudios de las catedrales y se establezcan, ya en el siglo XII, lo que hoy llamamos universidades, como núcleos de la más alta cultura del momento. Las vestes universitarias siguen aun hoy siendo trajes talaros como herencia del núcleo eclesial de donde nace la institución universitaria.

La Universidad, originariamente así llamada por las *Universitates personarum* o asociaciones de personas - estudiantes, profesores - que la fundaron, pronto derivaron determinadas consecuencias de su denominación para considerar que abarcaba las encrucijadas de la universalización de los saberes en el doble sentido de todos los saberes posibles en cada momento y en toda su dimensión, especulativa y teórica. La Universidad obedece desde el principio a la vocación de investigar a fondo la materia de todas las ciencias para impartir el resultado de la investigación a sus alumnos.

El nombre de Universidad va cobrando, con cierta rapidez, otros varios sentidos, que no se contradicen entre sí. Uno, meramente local: *locus scientiae*, recinto, edificio, conjunto de edificios o campus en que se aloja. Otro institucional, en la medida en que, como realidad importante que es, se le encuadra en los ordenamientos jurídicos eclesiásticos y, de manera creciente,

en los civiles, ora de los reinos, ora de los municipios. Una tercera significación orgánica, aparece precisamente en uno de estos ordenamientos civiles primerizos, que es el Código de la Siete Partidas de Alfonso X, el Sabio, al definirla estructuralmente, en el siglo XIII, como comunidad o “Ayuntamiento de maestros e discípulos”. La comunidad es un vínculo más estrecho que la asociación: es una conquista de la universidad haber fundido las asociaciones de estudiantes y profesores en una sola comunidad formada por personas: discentes y docentes. De aquí que pueda afirmarse que cada alumno y cada maestro es universidad, somos universidad.

Existe, finalmente, un concepto o significado funcional o dinámico, no establecido por ley alguna, pero que surge de la misma esencia legitimadora de la Universidad: “la comunicación de los saberes”. La universidad, aprovechando sus instalaciones y apoyándose en la regulación positiva constituye institucionalmente una comunidad en la medida en que imparte o comunica ciencia. La identidad entre los conceptos de comunidad y comunicación es uno de los logros de la investigación universitaria, también heredada de Grecia. No hay comunicación sin comunidad, ni comunidad sin comunicación. La comunicación científica necesita el respaldo de la comunidad universitaria. La comunidad universitaria es tal en tanto en cuanto es comunicación científica. El que no se comunica porque no imparte ciencia o porque no la recibe, puede ser formalmente universitario, pero sustancialmente no lo es.

La finalidad comunicativa de la Universidad

Este concepto dinámico o comunicativo de la universidad es el que globaliza a todos los anteriores. La vida universitaria existe en la medida en que se transmite la ciencia, que, a su vez, es la medida en que existe la comunidad universitaria. Ahora bien, la ciencia que se transmite no sale de la nada, ha de ser previamente conseguida por la investigación científica. En el fin de la universidad, como vimos en su origen, está la investigación.

La máxima perfección de la ciencia investigada proporciona al docente la capacidad de transmitirla, lo que supone que esté en condiciones de ser entendida por los receptores. Sin investigación, no puede haber verdadera docencia y, en consecuencia, no hay vida universitaria. La universidad en la que no se investiga es una universidad sólo de nombre, la imagen de un cadáver en la capilla ardiente de un edificio o en el cementerio de un campus.

Proporcionalmente, cuando la investigación es escasa o desciende de categoría, decae la calidad de la docencia y la vida universitaria languidece o enferma. La historia y el presente de las universidades nos confirman en esta aseveración. En las universidades clásicas, los buenos profesores que sustentaron el prestigio de la institución son los que dejaron escrito aquello que investigaron. De los demás no queda memoria, universitariamente hablando. Lo mismo sucederá, con el tiempo, cuando se evalúe la importancia y el nivel de las universidades actuales. Lo que quedará es lo que se investiga y se transmite oralmente y por escrito. Las tensiones tan corrientes que pueden producir el regate político, las tertulias, las horas de cafetería, los modos de pasar el tiempo en el recinto universitario para justificar permanencias áridas e infecundas o dedicaciones exclusivas, se olvidan al segundo siguiente al que terminan. Y producen un pesimismo plomizo, contrario a la vital alegría sosegada y armónica, esencialmente universitaria.

La vida no se da sin movimiento, que no hay que confundir con agitación, del mismo modo que actividad no debe confundirse con activismo. La actividad que genera y muestra la vida en la Universidad es un movimiento sereno, porque es movimiento del espíritu que comienza con el trabajo de la mente. De la mente de los discípulos y de la mente de los maestros.

El estudio de los alumnos

En la Universidad se enseña ciencia. Pero la ciencia no es materia de fe, sino de comprensión. No hay que creer a ciegas todo lo que en la cátedra se dice, ni hay que adoptar una postura resistente, por principio, a lo que se dice desde la tarima y se oye en los bancos. La actitud del alumno universitario ha de ser la de esforzarse por comprender lo que le dice el profesor. La palabra alumno significa el que se deja decir algo, pero no para pasar el rato más o menos aburrido, sino con el afán de comprender. Comprender es conocer hasta el fondo, no solamente en el momento de oír las explicaciones de clase, sino por el estudio posterior, atento y crítico de lo oído. La comprensión es, a la vez, empírica e intelectual, de tal manera que ambos aspectos se interpenetran. El estudio se presenta con dos matices: enterarse de la ciencia impartida mediante su asimilación e incrustar en la mente esa misma ciencia asimilada mediante el propio pensar, que es lo que en correcto idioma se llama contemplación.

Es conveniente aclarar este término, que nos podría traer ecos de la ascética. En la universidad inicial y en la universidad clásica –la que por su clase ha persistido- lo que hoy llamamos estudio se llamaba *contemplatio*. Quizá porque la escasez de fuentes escritas hacía preponderante el pensar sobre el leer. La capacidad de contemplación de aquellos universitarios es realmente impresionante, si se tiene en cuenta que se trabajaba sin libros hasta unos años después de 1450 -fecha de invención de la imprenta-; tan sólo disponiendo de manuscritos, muchas veces únicos. La cantidad y calidad de los resultados del pensamiento que nos han legado aquellos aproximadamente treinta siglos, entre anteriores y posteriores al nacimiento de Cristo, es imponderable. La fecundidad del pensamiento clásico y del escolástico y la erudición de sus eminentes personalidades, sería impensable en los momentos actuales en que se confía más en la recopilación de fuentes –a veces en su sola referencia- que en la propia creación a partir de ellas con el esfuerzo cogitativo personal. Estudiar, como base de la investigación universitaria, era principalmente contemplar, pensar. La palabra *studium* significaba la *contemplatio* gozosa, la del intelectual por vocación que encontraba su realización en el puro pensamiento, en la reflexión, re-flexión, en flexionar sobre sí para grabar indeleblemente en el espíritu lo aprendido y lo pensado. De manera semejante se entendió como una de las diferencias entre ciencia y sabiduría. *Sapere* es tanto saber como saborear. La sabiduría era la apreciación sabrosa de la ciencia. El sabio era el hombre o la mujer capaces de extraer las propiedades gustosas de las ciencias.

Volviendo al hilo de nuestro razonamiento, la comunicación de la ciencia –o de la ciencia sabrosa, de los saberes- no es sólo el decir y el oír, sino el comprender. Porque esta comprensión dará base, con el estudio total y sistemático de cada ciencia, a una maduración suficiente para poder hacer suyas las teorías o criticarlas, apropiándose lícita y definitivamente tan sólo del conocimiento depurado. La comprensión, como la experiencia, está compuesta de muchos momentos separados que van dando lugar a la profundización de lo aprendido. La verdadera comunicación es la puesta en común de la ciencia, para lo que se requiere exponerla, escucharla y comprenderla. Hay que contar con que el alumno normal está inspirado por el *visus formativus*, que facilita el esfuerzo por estudiar no por simple curiosidad, sino con afán de aprender. Y, por supuesto, hay que contar con el porcentaje de alumnos que no realizan este esfuerzo de comprensión y que pueden salir de la universidad, a pesar de un expediente de

calificaciones llenas de aprobados rasos, conseguidos en la vigilia de la víspera del examen, pero sin saber nada de lo que debieran haber comprendido. No estoy inventando entelequias: conozco casos. Y ya ha quedado dicho que quienes inciden en este vacío son universitarios sólo de nombre.

La transparencia de la comunicación

Refiriéndonos al docente, si la ciencia no es materia de fe, sino de comprensión, significa que ha de impartirse de forma comprensible. A la universidad se le llama *Alma mater*, no como un requiebro más o menos pretencioso, sino porque tal sintagma latino significa “madre lactante”: la que proporciona un alimento adaptado a las posibilidades de asimilación del infante, el *infans*, que es el que todavía no habla: el silencio exterior e interior es el mejor ambiente para la recepción. El buen docente es el que sabe traducir los conceptos más elevados de la ciencia a un lenguaje claro. La claridad constituye una de las propiedades del lenguaje científico. Si la investigación exige un razonamiento claro y concatenado, su exposición ha de tener las mismas características adaptadas al alumno, que es el elemento personal que está en situación de exigir en la universidad. La versión transparente de la comunicación de saberes, la deseable claridad, se cumple en cuanto coinciden tres factores.

El primero, la *sinceridad*. El docente, que significa el que es dócil, ha de mostrar su docilidad especialmente con su propio pensamiento, que es como el filtro por donde han pasado las ideas que explica. Las palabras han de expresar así la pureza del pensamiento, a la vez que son los andamios que lo sostienen, lo que es fruto de unas operaciones intelectuales complejas. No cabe en ciencia –y menos en su traducción a términos asimilables- la improvisación, ni el invento sobre la marcha, ni el salir del paso como sea. Cuando, por ejemplo, un alumno hace –al hilo de la explicación- una pregunta, el maestro no ha de avergonzarse por no poderla responder al momento. Lo que importa es que sea capaz de responderla en un plazo suficiente para consultar las fuentes, pensar y responder con autoridad, que viene de autor: el que dice las cosas con fundamento. Por eso enseñar es la manera más completa de aprender porque es esforzarse para que lo previamente comprendido lo comprendan otros, aunque con índices distintos de comprensión. Puede parecer ilógico, pero lo cierto y

experimentado es que el docente aprende más de sus alumnos que aprendió de sus maestros.

El segundo ingrediente de la claridad es la *congruencia*. La ciencia está constituida por una serie ininterrumpida de proposiciones que se van deduciendo unas de otras. Nada se dice bajo palabra de honor, si acaso como mera hipótesis que siempre hay que probar para convertirla en tesis. Ni en su génesis, ni en su exposición se puede proceder *per saltum*. Cada aseveración se deduce de la anterior y sirve para explicar la siguiente. En último término, esta coherencia significa orden. El docente ha de tener una mente ordenada para poder suscitar el orden en la mente de los alumnos. Cuando se ha dicho, con toda insana intención, que la enseñanza consiste en despertar inquietudes, se ha querido condenar lo que es el máximo de la enseñanza, que es la formación. La inquietud impide la formación que es a lo que tiende la educación. Educar no es, como se ha sostenido, impartir ideas, sino algo mucho más recóndito. *Educere*, significa sacar de dentro lo que la persona tiene para completar su personalidad: formar su propio ser a través de la información de la ciencia. Formación viene de *formosus*, hermoso porque, por reseca o árida que pueda parecer la ciencia que se explica, el orden da a la explicación una belleza que sólo se percibe cuando la comprensión se hace efectiva porque lubrica y hace agradable esta comprensión en grado tanto mayor cuanto más avanzado está el ciclo formativo. La comprensión continua del alumno equivale a alcanzar niveles sucesivos que van elevando su consideración y resulta una experiencia feliz, inapreciable para el alumno; pero gratificante al máximo para el maestro. La congruencia de unas proposiciones con otras, cuando se advierte en el conjunto de la ciencia de que se trate, es el *sistema*.

El que cada proposición esté encuadrada en un sistema científico, en el que encuentra apoyos por doquier, es el tercer elemento de la claridad. El docente ha de ir desgranando el conjunto del sistema, parte a parte, hasta que el alumno, al final del curso, perciba que lo que ha comprendido es un todo orgánico en el que no ha caminado a ciegas: la comunicación previa del sistema es el programa de la asignatura, que se va comprendiendo, epígrafe a epígrafe, cuando cada uno de ellos está trabado en el conjunto de los demás. Otra vez nos aparece el orden, que es la clave del sistema. Este orden permite descubrir el principio fundamental en torno al cual el

sistema se ha constituido. La comprensión del sistema se prueba por la comprensión plena de este principio.

El latido académico

Convertir la ciencia en fórmulas comprensibles, además de presuponer una actividad investigadora previa de hallazgo de la ciencia, es también fruto de la perfecta investigación. La sinceridad es la verdad de la ciencia, que es la ciencia en el estado en que se encuentra aquí y ahora: el *status quaestionis*. Lo que quiere decir que el frente de la ciencia se mueve en el espacio y en el tiempo. Cuando en la clase se escucha un principio o una proposición en un día y una hora determinados quizás, en otro lugar y al minuto siguiente, se estén obteniendo otros que suponen un paso adelante en el constante progreso científico. El docente tiene el deber de estar al tanto de estos pasos con una demora prudencial. La investigación, en este aspecto, consiste en saber utilizar la documentación, al menos en su modalidad referencial, lo que es tanto más indispensable cuanto que la comunicación de las referencias y la posterior de los documentos se ha agilizado de forma sorprendente. El docente que sabe estar al día –y ahora, como nunca antes, se puede estar– tendrá ocasión, dentro del mismo curso, de advertir a los alumnos que lo que se dijo en el desarrollo de una lección anterior está supeditado a lo que otros acababan de investigar o a lo que ha conseguido, de nuevo, con su propia investigación incesante, el mismo docente. El movimiento progresivo de cada disciplina ha de ser percibido por el alumno para comprobar que la ciencia vive y aprende a seguir su biografía en cada momento, que es lo que mantiene viva a la universidad.

Y si esto se puede decir dentro de cada curso, a mayor abundamiento habrá que afirmarlo de los cursos sucesivos. Mala valoración merece el docente que repite uno y otro año académico lo mismo. En ocasiones, la investigación obliga a cambiar el sistema y, por tanto, a variar el programa. Pero incluso, siendo idéntico el programa, lo que no puede ser igual es el contenido de lo expuesto. No quiere decir que haya que cambiarlo todo; en ocasiones serán detalles, pero en otras las modificaciones pueden ser radicales, más en las ciencias humanísticas que en las experimentales, hasta el punto de contradecir lo que el propio profesor había sostenido hasta entonces, lo que hay que confesar paladinamente. De aquí el relativo valor del libro de texto, al que tanto aprecian docentes y discentes por el trabajo que evita; pero es la labor que no debe ser evitada. El profesor que no

actualiza curso a curso, día a día, su programa podría ser sustituido por un disco o por una cinta grabada. Los pálpitos de la vida universitaria se han de percibir en cada sesión de clase. Esta percepción implica una labor constante de investigación. Investigar es vivir la investigación, es vivir investigando, haciendo de la búsqueda el anhelo sostenido del docente, lo que pone en marcha esos resortes psicológicos profundos, desconocidos, pero reales, que hacen ver de pronto verdades científicas hasta entonces ocultas para el científico.

La investigación alimenta ininterrumpidamente la congruencia, en una doble dirección. Por una parte, el docente, en cuanto investigador, es como un atleta de la mente que ha de estar siempre en forma ejercitándose mediante el entrenamiento. Dejar de investigar es perder el hábito del orden mental, que ha de presidir la exposición pensando siempre en el alumno. La explicación no es más que la investigación, la consecuencia del esfuerzo del pensamiento, vertido hacia afuera ordenada y claramente. Si no hay investigación, o no hay nada sustantivo qué decir o no se puede decir ordenadamente, bien sólo de palabra, bien ayudándose de esquemas, gráficos, imágenes, etcétera.

Aquí está la segunda dirección citada. Si no hay nada que ordenar y reordenar es porque no se ha buscado, ya que independientemente de los resultados positivos o negativos que resulten, el método de la búsqueda, el mero nombrar de los objetos de la investigación, ya es hacer ciencia. Transmitir ciencia es imposible si no la hay. No es comunicar ciencia hablar de algo inconsistente, practicar mero ensayismo o diletantismo. Hay que seguir la máxima de Gonzalo de Berceo: “tolgamos la corteza, al meollo entremos”. La ciencia es algo serio y sólido, susceptible de profundizarse y ordenarse constantemente. No se puede trivializar. Ni abaratar.

La ligación de las ciencias

Todavía hay que añadir algo, por encima y por debajo del sistema científico. Cada ciencia está relacionada, más o menos próximamente, con las demás. Hay que estar al tanto de los avances que se producen en otras disciplinas universitarias para comprobar si repercuten en nuestra materia. En último término, como dijo López Ibor, Senior, todas las ciencias tienen un fondo común, cuyo hallazgo es muy fecundo para fundamentar cada disciplina concreta.

El campo de la ciencia es ilimitado horizontalmente, por lo que se puede decir que nunca se encontrarán barreras objetivas para el estudio de cada realidad, pequeña o grande, desde las materias casi invisibles de la Nanología a las inabarcables de la Cosmología. En el Renacimiento, la ciencia se representaba por una espiral y esta figura geométrica, cuyo desarrollo obedece a un principio matemático, es una forma abierta que se definía como *eadem mutata resurge*: siendo ella misma, va cambiando constantemente porque va creciendo. La espiral, manteniéndose espiral, puede ir prolongando su línea terminal al tiempo que dilata el radio de su curvatura sin límite teórico. La universidad ha de conseguir, en cada momento, toda la ciencia posible, sin perder los principios de este crecimiento indefinido. Pero la universidad, como institución investigadora, es la comunidad de los universitarios que, uno a uno o en equipo, han de cultivar continuamente el campo ilimitado de su ciencia. El avance del frente científico, cuando se ve en el corto espacio de una vida humana, es impresionante de manera creciente, en las ciencias experimentales y en las humanísticas, menos espectaculares, pero más profundas que las primeras.

Otra cosa cabe decir de los límites verticales. La ciencia se mueve en el nivel de la teoría. Por encima de ella está el nivel de la especulación, que es la cota de la filosofía o investigación de las causas primeras. El científico, a no ser que sea capaz de filosofar, no tiene por qué entrar en un espacio superior que no forma parte del objeto de su ciencia y que le puede desbordar; aunque sí puede y debe aprovechar las conclusiones que la filosofía le ofrece. Y esto en todas las ciencias, porque en todas es necesario utilizar, al menos, las normas metodológicas que la filosofía proporciona.

Por debajo de su nivel está la tecnología o tratado de las técnicas que tampoco son objeto de la ciencia. Cuando en una disciplina científica se expone alguna técnica se debe hacer como ejemplo o como comprobación o experimentación de la teoría. Una cosa es que el técnico necesite aprovechar e, incluso, hacer teoría y otra, vitanda, el que el teórico pretenda reducir su ciencia a técnica. Y esto que se dice de cada disciplina hay que afirmarlo también de la universidad. La universidad propiamente tal, aunque otras instituciones hayan aprovechado sin justificación su nombre, no es una escuela técnica. Recientemente ha dicho Heinrich Rohrer, Premio Nobel de Física: “que nadie piense que la tecnología puede desarrollarse sin el conocimiento profundo y científico que la sustenta”. Si la universidad no

hace ciencia, se convierte en una institución destinada a copiar la que otros hacen. Convertir la universidad en un centro de formación de técnicos es, como dice Alvaro D'Ors una muestra evidente de la decadencia de la institución universitaria. Ni siquiera el fin de la universidad es formar profesionales. Para eso hay otras instituciones y cursos de postgrado. La universidad que, como he dicho, tiene su fin en sí misma, ha de formar personalidades tan fuertes que sean capaces de ser los mejores profesionales porque han adquirido el hábito de la *solercia* o capacidad para dar solución a los problemas inéditos o insospechados. No importa que los vientos, insuflados por la pereza y por un inconfesado ánimo de destrucción, vayan en otra dirección. Ya rodarán hasta seguir su orientación normal. Entonces la universidad, que, como institución universal, no muere, cobrará su rango eminente porque se llenará de vida. Enseñar con claridad lo que se investiga con honradez y profundidad es el principio vital de la universidad.